

EL HEROE

De Santiago Serrano
santiagoms_2000@yahoo.com

Su viejo cuerpo le jugaba malas pasadas. No le respondía, al menos a su antojo, cuando lo deseaba. Los años no pasan en vano, pensó mientras un moscardón verde y pegajoso le zumbó sobre la punta de su nariz.

Volvió a intentarlo y finalmente se paró alejando al molesto visitante. Torpemente llegó al ventanal. Miró hacia afuera. Una espesa bruma cubría la ciudad. Recordó los verdes prados de su niñez. Todo tiempo pasado fue mejor, se dijo.

Empujó el vidrio frío y la puerta cedió ante su esfuerzo. El balcón estaba húmedo. El barandal goteaba. Sintió sus huesos oxidarse al contacto del agua.

Asomó su cabeza y se encontró con el vacío. Desde los dos pisos de su departamento podía observar en plenitud la calle solitaria. El sol empezaba a despuntar y lentamente la bruma cedía a su majestad la luz.

Bernardo levantó una oreja al escuchar un ruido metálico que provenía de dentro del departamento. Sara cada día se levanta más temprano, adiós tranquilidad, se dijo.

Las relaciones entre ambos se hacían cada día más difíciles. Ama y perro envejecieron juntos, y esa siempre es una tarea delicada.

Agria, es agria y más aún con los años, se dijo Bernardo mientras peinaba con la lengua su pata derecha.

Escuchó, primero difusamente y luego con más claridad, una voz aguda que provenía del final de la calle.

Hacía diez años que se asomaba a esa misma hora y nunca había oído esa voz. Él conocía, y se jactaba de ello, mejor que nadie el movimiento de esa calle. Cada proveedor, cada vecino, cada trasnochador, estaba identificado.

Se incorporó y miró con atención hacia el lugar de donde provenía la voz.

Vió junto al quiosco de flores de la esquina una figura bamboleante. A su lado, una silueta delgada y menuda vociferaba.

Su vista no era la misma de hace años, pero a medida que los intrusos avanzaban pudo distinguir que se trataban de un hombre y una mujer.

La voz era más clara. Están peleando, se dijo. La pareja se detuvo casi bajo su balcón. El hombre, que casi quieto le costaba mantener el equilibrio, llevaba una botella en su mano que cada tanto la acercaba a su boca para beber. La mujer gritaba entre sollozos, tratando, con pequeños pero rápidos movimientos, de quitarle la botella.

La discusión, ante los ojos fascinados de Bernardo, iba subiendo en intensidad. Por fin algo distinto, se dijo.

El borracho, pese a ser corpulento, se atrincheraba contra la pared, mientras la mujer le daba golpecitos en la espalda.

Bernardo empezaba francamente a inquietarse ante esta batalla campal. Ni ladrar quería para no perderse palabra.

La mujer, con un empujón, hizo tambalear al alcohólico, quien cayó al piso violentamente. Grande fue su sorpresa al ver destrozarse a su lado la preciosa botella. El líquido se esparció rápidamente hacia la alcantarilla.

Bernardo vió con nitidez la mirada inyectada en sangre que el hombre dirigió a la mujer cuando asiendo la botella la enfrentó nuevamente de pié.

Esta es una emergencia, se dijo Bernardo. Dirigió su mirada hacia las cuatro esquinas buscando a alguien que detuviese la posible tragedia. Nadie. Nadie en las calles. Nadie en las ventanas. Él era el único testigo de lo que podía suceder.

El hombre sacudió la filosa botella rota en el aire. La mujer comenzó a pedir auxilio, primero quedamente y luego a gritos.

Bernardo en ese instante pensó en la posibilidad de saltar. Posibilidad que inmediatamente desestimó. A mis años, se dijo, sería casi un suicidio. Entró en la sala ladrando desesperadamente, ingresó en la cocina con una agilidad desconocida. Allí frente a él estaba Sara en pleno bostezo, con su té y tostadas recién servidas. Ante los ladridos, la vieja compañera se paró junto a Bernardo, quien empezó a dirigirse para mostrar la tragedia próxima. Satisfacción sintió cuando su ama, su querida ama, pareció entender la urgencia. Atravesó como un rayo la sala y cruzó la puerta del balcón. Grande fue la sorpresa al ver la silueta de Sara contra el vidrio al dejarlo encerrado. Se armó de valor para mirar hacia abajo. Hombre y mujer luchaban en el suelo. No había tiempo para dudar. Corrió de un lado al otros del balcón y decidió un salto sobre la azalea, orgullo de Sara. Tomó envión para pasar por encima de la baranda.

La caída fue rápida, no tuvo ni siquiera tiempo para pensar en la consecuencias. Sólo se atrevió a cerrar los ojos.

Dos gritos se oyeron en el amanecer. El hombre creyó que alucinaba cuando el cuerpo del chihuahua le cayó sobre la espalda. Sólo atinó a correr. La mujer, sin agradecer a su salvador, huyó en sentido contrario al de su amante esposo.

Bernardo se maravilló de estar intacto pese a la caída. Dió un ladrido, que le pareció feroz , a la silueta del hombre que se perdía en la esquina, luego bebió un poco del líquido que corría sobre las baldosas. Se relamió gustoso mientras reventaba de orgullo.

Se sentó en la puerta del edificio a esperar que Sara, ¡esa tonta de Sara!, notara su ausencia.

El siguiente texto esta registrado en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina. Esta prohibida su reproducción sin solicitar autorizacion a su autor. Su publicación o difusion, sin el permiso correspondiente, lo hara pasible de una sanción economica y legal.

SANTIAGO SERRANO

Abril de 1985

santiagoms_2000@yahoo.com